

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval

ISSN 1690-3374 *versión impresa*

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y
Medieval v.4 n.7-8 Mérida ene. 2006

 [Como citar este artículo](#)

Una reflexión más sobre el juramento de Bolívar en el monte sacro

Autor: **Homero A. Calderón R.**

Grupo de investigación y Estudios Sobre Historia Antigua y Medieval (GIESHAM)

Resumen

En Agosto del 2005 se cumplieron 200 años del histórico juramento de Bolívar en el monte Sacro, hecho de cuya veracidad no existe la menor duda, pero del que se ha polemizado mucho acerca del lugar en que tuvo lugar y las palabras que el héroe pronunció en ese momento. Continuar debatiendo sobre el sitio del hecho no tiene objeto, pues con las pruebas aportadas por Joaquín Díaz Gonzáles en 1955 consideramos que la cuestión quedó clara. La publicación del texto completo del juramento atribuido a Bolívar, ha sido motivo también de fuertes diatribas en torno a la veracidad de sus palabras. En esta disertación queremos referirnos al valor que históricamente se les podría dar a ellas.

Palabras claves: Monte Sacro, Aventino, Juramento.

Introducción

Bolívar dio pruebas siempre del profundo amor que sentía por la antigüedad clásica y de las enseñanzas extraídas de ella. En su madurez política, utiliza este recurso siempre, tanto literaria como políticamente para fundamentar sus ideas; basta leer sus escritos: cartas, proclamas, discursos, para darnos cuenta de ello. En el caso del texto del juramento, ¿Qué de extraño tendría que se refiriese en grandiosa síntesis a la historia del pueblo romano como preámbulo al juramento en sí? ¿Es que acaso las luchas de la plebe por alcanzar la igualdad y libertad no fueron motivo de meditación e inspiración para hacer brotar esas ideas emancipadoras que ya comenzaban a fluir en su mente?

Sirvan estas reflexiones, tal vez un poco mal hilvanadas, a los que aun discuten sobre el discurso pronunciado por nuestro Libertador en el monte Sacro hace 200 años.

El juramento

Fue Jules Mancini quien por primera vez lo refirió en su obra Bolívar y la emancipación de las colonias españolas, desde sus orígenes hasta 1815, utilizando como fuente la información que Manuel Uribe Ángel recogiera verbalmente de su contemporáneo Don Simón Rodríguez hacia 1850 y que reprodujera en 1883 en un artículo titulado El Libertador, su ayo y su capellán, contenido en el libro Homenaje de Colombia al Libertador Simón Bolívar en su primer centenario, 1783-1883, publicado en Bogotá el año 1884.

El texto completo del exordio y del juramento propiamente dicho publicado por Mancini, fue editado en el Boletín de la Biblioteca Nacional Año VII N° 30 del 17 de diciembre de 1930, p.977, junto a otros interesantes documentos relativos a la vida y obra del Libertador, con motivo de cumplirse el primer centenario de su muerte. Curiosamente, dicha publicación no menciona la fuente originaria, por lo que fue necesario rastrear dicha información hasta dar con su autor. Vale la pena conocer el documento completo, pues nos permitirá comprender mejor el contenido de esta ponencia. Dice así:

¿Con que éste es el pueblo de Rómulo y de Numa, de los Gracos y de los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano . Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de

reforma, Sila degüella a sus compatriotas; y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los Emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carro sobre el trono destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto como, Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perceptibilidad definitiva de la razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado de Oriente ha mostrado aquí todas sus fases, ha hecho ver todos sus elementos; más en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo.

Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor; juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del pueblo español.

Lugar del juramento

El primer comentario que queremos hacer respecto al texto enunciado es la carencia de información sobre el lugar en que fue pronunciado, pese a que, según el relato de Don Manuel Uribe Ángel, recogido de labios de Rodríguez, comenzó su narración diciéndole:

Un día, después de haber comido, y cuando el sol ya declinaba, emprendimos con Bolívar paseo hacia el Monte Sacro (Sacrum Monte). Díaz, (1955:290).

Jules Mancini, en la obra citada, transcribió de manera casi idéntica los recuerdos que Don Simón Rodríguez le confiara a Uribe.

Una tarde de mediados de agosto, en momento en que iba ya apagándose el ardor del sol, el azar de un paseo por la Campiña condujo a Bolívar y Rodríguez a orillas del Anio, al pie del Monte Sagrado. Díaz (1955:290)

Pensamos que tal vez, en 1930, cuando se publicó el texto de Mancini en el Boletín de la Biblioteca Nacional, no se creyó necesario mencionar el lugar del acontecimiento, pues aún no existían dudas sobre el mismo. Una errada interpretación del documento de Mancini encendió la polémica entre algunos historiadores de la época, tales como Vicente Lecuna y Rufino Blanco Fombona, que señalan el Monte Sacro como el sitio del suceso; José Gil Fortoul y Marius André, quienes pese a citar al Monte Sacro en primer término, terminan por ubicar el juramento en el Aventino, opinión compartida también por Caracciolo Parra Pérez; Felipe Larrazábal, confunde ambos montes llamándolos "Sacro"; la Enciclopedia Italiana, bajo la palabra 'Bolívar' señala también el Aventino, y lo que es el colmo, como nos dice Joaquín Díaz González, es que algunos hayan podido pensar también en el Capitolio o el Palatino como la colina romana del juramento.

En 1955, con motivo del sesquicentenario del famoso hecho, la Academia Nacional de la Historia, bajo la presidencia de Monseñor Nicolás Navarro, encomendó al ya citado Díaz González, insigne médico e historiador Miembro de la Academia y Embajador para ese entonces ante El Vaticano, para que realizase una minuciosa investigación que aclarase de una vez por todas el problema. Dicho autor, a nuestro juicio, de manera más que convincente, tomando como referencia las palabras del mismo Bolívar en su carta a Simón Rodríguez en 1824, presentó una serie de pruebas de carácter histórico apoyándose sobre todo en Tito Livio, historiador romano de la antigüedad, y de carácter toponímico y topográfico mediante estudios lingüísticos y geográficos sobre la denominación y ubicación del sacrum monte, que publicó en su artículo El Juramento de Bolívar sobre el Monte Sacro, editado en el Boletín de la Academia, V° XXXVIII, N° 151, julio-septiembre de 1955. Sería necio de nuestra parte insistir en ello, recomendando los interesados la lectura del mismo. Sin embargo, es bueno hacer notar que la confusión en que cayeron nuestros historiadores, al ubicar el juramento en el Aventino o en el Monte Sacro, es similar a la que tuvieron algunos historiadores de la antigüedad, quienes también situaron las secesiones de la Plebe para conseguir reivindicaciones de toda índole, es decir, su libertad, en el Monte Aventino o en el Sacro. Así, T. Livio, (II,32) nos dice que, los plebeyos durante la primera secesión del 494 a.C. Se retiraron al monte Sacro, al otro lado del río Anio, a tres millas de Roma. Esta tradición tiene más partidarios que la de Pisón, que pretende que la retirada se verificó al Aventino.

Según Cicerón, (II,XXXIII) los Plebeyos se apoderaron primeramente del monte Sacro y después del Aventino. Salustio indica que ocuparon simultáneamente los dos montes.¹ Dionisio de Halicarnaso, (VI,45) de modo parecido a T. Livio, sostiene que ellos ocuparon cierto monte situado cerca del río Anio, no lejos de Roma, el cual por esta circunstancia fue llamado Monte Sacro.

T, Livio, (III,50) considera que la segunda retirada de la plebe en el año 449 a.C. se realizó primeramente hacia el Aventino y de allí, poco después:

Partiendo por la vía Nomentana, llamada entonces vía Ficulense, establecieron el campamento sobre el monte Sacro.
2

Cicerón, (II,XXXVII) al referirse al mismo hecho señala el monte Álgido como sitio de partida del ejército para ocupar el monte Sacro.

Diodoro de Sicilia, (XII,24) difiere en cuanto al nombre del monte, pues dice que los soldados se encontraban en

el monte Álgido, tomaron sus armas y asaltaron el monte llamado Aventino.

Esa confusión que notamos en las fuentes citadas puede haber sido el origen de la ocasionada por los historiadores venezolanos que se refirieron al hecho entre las décadas 30 y 40 del pasado siglo, quienes indudablemente tuvieron que consultar a los autores de la antigüedad para tratar el caso, barullo aclarado, como ya hemos dicho, por Díaz Gonzáles.

Motivos clásicos en el juramento

En esta disertación queremos llamar la atención sobre un segundo aspecto del texto de Mancini publicado en el Boletín de la Biblioteca Nacional: los motivos clásicos que encontramos en él, y su atribución o no a nuestro Libertador.

El discurso, como podemos apreciar en la reproducción que hemos hecho de él, está saturado de referencias a hechos y personajes de la historia romana, partiendo de sus orígenes hasta la época imperial; desde políticos hasta filósofos, poetas, grandes oradores, sin olvidar las mujeres, que de una u otra forma tuvieron algún protagonismo en ella. Para un conocedor de la historia de esta civilización no resulta difícil identificar a dichos actores y el rol que desempeñaron, pues es una maravillosa síntesis de ella. Quien lo pronunció, demuestra tener un profundo conocimiento de la historia de ese pueblo y un razonamiento sobre ella de tal magnitud, como para emitir los juicios morales que valoramos. Ya hemos dicho que fue Manuel Uribe quien recogió de labios de su contemporáneo Don Simón Rodríguez, las palabras pronunciadas por Bolívar ante éste y su amigo y pariente Fernando de Toro en el acto del juramento. Debemos tener en cuenta en primer lugar que, para el momento de la entrevista el insigne maestro del Libertador era ya un anciano y pese a su lucidez, difícilmente pudiera haber recordado con exactitud un discurso tan completo como el que conocemos, debido al tiempo transcurrido entre el hecho en sí y su época; en segundo término, el amor por su discípulo, crecido ante la gesta realizada por él, puede haberlo hecho exagerar el preámbulo al juramento; por último, pudiera haber sido el mismo Uribe quien al redactar el texto que publicara en 1883 lo enriqueciera de tal manera, alterando las verdaderas palabras del héroe. En cualquiera de las tres circunstancias una cosa es cierta: el recurso a la antigüedad para realzar un hecho de cuya veracidad no existen dudas, utilizado durante los períodos del neoclasicismo y del romanticismo y aún en boga para finales del siglo XIX.

Valor del discurso de Bolívar

La validez del discurso como recurso histórico es una cuestión sobre la que se ha discutido mucho, pues bien sabemos que desde el nacimiento de la Historia en Grecia durante el período clásico, fue utilizado por los grandes historiadores del momento como el mismo padre de la historia: Heródoto, quien lo usó en cierta forma de manera dialogada, y Tucídides el primero en incorporarlo de forma consciente en el relato histórico; continuado por otros griegos y latinos como Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, etc., quienes abusando de este recurso colocaron en boca de los grandes personajes a los que se referían elocuentes palabras emitidas en determinadas circunstancias, a fin de convencer a sus lectores de la veracidad de los hechos narrados. Cito como ejemplo la famosa oración fúnebre de Pericles, pronunciada en ocasión del funeral de los caídos en el primer año de la Guerra del Peloponeso. Nadie pone en duda la validez de tal discurso, haya sido o no proferido de la manera en que Tucídides lo presenta. En ese caso, como en el que comentamos, el autor de la Historia lo reprodujo años después de pronunciado, y si bien el tiempo transcurrido desde el hecho hasta el instante que se escribe era menor que el que hemos señalado respecto al juramento, es imposible creer que las palabras dichas por Pericles fuesen las mismas. En tal caso, lo que cuenta es la esencia del discurso, y el de Pericles no es más que un análisis sintético de la democracia, los principios constitutivos del régimen imperante en Atenas y los beneficios de éste. En el asunto que nos ocupa, como dice Rufino Blanco Bombona, (1984: 177) Las expresiones han podido alterarse, la esencia no. No importa quien las hayan redactado; la retórica es ampulosa, el fondo es Bolívar mismo.

Poner en duda la validez de tal discurso, sería desconfiar de la esencia misma del pensamiento bolivariano inspirado en gran parte en la misma antigüedad clásica, como podemos apreciar en las citas de hechos y personajes a los que alude infinidad de veces en la documentación que conocemos, sobre todo en numerosas cartas. El joven Bolívar, instruido en su niñez según los cánones de la época en que el latín y las letras clásicas eran parte importante de la educación, debió sentir un amor muy particular por el mundo antiguo, y sin duda que en su estadía en Europa acrecentó sus conocimientos en esa materia. Augusto Mijares (1977: 180-181) hace notar que a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en el viejo mundo pervive el pseudo clasicismo puesto de moda en Francia desde los días de Luis XIV, que glorificaba las instituciones de las antiguas repúblicas de Grecia y Roma, y a personajes ejemplares, como los descritos en las *Vidas* de Plutarco, que en esa etapa de transición al romanticismo adquirirían mayor vigencia contagiando a la juventud de entonces; Bolívar como tal, no fue extraño a esa fascinación, prueba de ello es que en sus viajes siempre llevaba consigo algún ejemplar de Plutarco, Homero, Tácito o la Eneida, junto a otros autores del pensamiento ilustrado, costumbre que nunca abandonó, pues aun en sus campañas sus queridos libros siempre le acompañaban, como vemos en el listado publicado por el Dr. Vicente Lecuna (1977: IV, 315-316) que tiene al comienzo la siguiente nota: Lista de libros de Su Excelencia el Libertador que conduce el Capitán Emigdio Briceño, remitidos por el Coronel Tomás Cipriano Mosquera. Dicha lista no tiene fecha y por ello dio origen a un lamentable equívoco del que se responsabiliza al erudito bibliófilo José Eustaquio Machado, quien publicó esa información en un artículo titulado Una carta y un obsequio del Libertador, y en ese error cayó el mismo Dr. Lecuna, pues pensó que se trataba de los libros donados por el Libertador a su amigo el Coronel Tomás Cipriano Mosquera en carta fechada en Bogotá el 15 de febrero de 1828 y por tanto la publicó a continuación de dicha misiva; afortunadamente, como nos aclara el Dr. Manuel Pérez Vila en su obra La biblioteca del Libertador, (1965:6) los libros a que se refiere Bolívar son las *Oeuvres Militaires du Maréchal Vauvan*, encontrados por el Coronel Mosquera en Guayaquil, dentro de un cajón que permanecía extraviado y contenía también la espada de campaña que tuvo en el Perú y un servicio de mesa. Dice el Dr. Pérez Vila, que Bolívar, del que se conoce su liberalidad y generosidad, por ser tan aficionado a la lectura, no se iba a desprender fácilmente de su biblioteca, y por un documento hallado en el Archivo Nacional de Colombia, se sabe que los libros enviados por Mosquera y conducidos por Emigdio Briceño, fueron recibidos por Bolívar en Bogotá.

No olvidemos tampoco el papel que jugaron algunos de los profesores en su niñez, como Pelgrón en latinidad, Bello

en gramática y geografía, y sobre todo el de su maestro por antonomasia, el socrático y roussonianos Simón Rodríguez, al que consideró el moldeador de su corazón ... para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso, como lo expresa en su carta de Pativilca al mismo Rodríguez; Lecuna, (1977: II,401) pues éste ha de haber sido fundamental en la gestación de su pensamiento y por ende, en la expresión de sus sentimientos en aquella tarde memorable en contacto con las ruinas de un pasado que conocía muy bien. Pensamos que Bolívar, de modo similar a lo que nos sucede a los que poseemos cierto conocimiento de la Historia de Roma y tenemos la fortuna de visitar sus monumentos, ha de haberse exaltado profundamente ante su presencia; sentimientos parecidos experimentaron grandes personajes como Goethe y Chateaubriand, según narra Rufino Blanco Fombona, y es en esos momentos en que se eleva el espíritu cuando el ser humano expresa en palabras todas sus emociones¹⁵. Por otra parte, la conversación entre Bolívar, Toro y Rodríguez indudablemente que giraría en torno a lo que tenían a la vista, y lógicamente, en el tema de la libertad, estando justamente en el lugar escogido por la plebe romana para luchar por ella. Pues bien, como dice un conocido refrán criollo, "del dicho al hecho no hay mucho trecho", teniendo en cuenta los antecedentes descritos, sumados a otros tres elementos dignos de mencionarse: 1º el bando publicado por la corte española el 5 de marzo de 1804 mediante el cual, aduciendo la poca abundancia de trigo se ordenaba a los extranjeros, sobre todo a los hijos de América y Filipinas, abandonar España, acto político que ha de haber provocado un sentimiento de rebeldía en su joven ánimo, como en el de otros a quienes afectaba el decreto, debiendo por tal motivo trasladarse a Francia junto a Fernando de Toro. 2º la coronación de Napoleón, primero como emperador en París y luego como rey de los lombardos en Milán, actos que según Perú de Lacroix en su Diario de Bucaramanga, (1935:226-227) provocó en él confusos sentimientos de admiración, entusiasmo, y a la vez desilusión por ceñirse la corona de Emperador:

...ví en París en el último mes de 1804 el coronamiento de Napoleón; aquel acto augusto y magnífico me entusiasmó, su pompa y los sentimientos de alegría y de amor que un numeroso pueblo manifestaba por el héroe francés; La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica. Lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi patria y la gloria que cubriría al que la libertara.

Esos sentimientos, como comenta O'Leary le acompañarán siempre. 3º Su encuentro con Humboldt y Bonpland, al que muchos historiadores han rodeado de un halo de leyenda, basado en las afirmaciones de O'Leary; sin embargo, por testimonio del propio Humboldt en carta enviada al Libertador en 1822 en respuesta a la remitida por Bolívar el 10 de noviembre de 1821, Lecuna, (1977:II,116) creemos que existió entre ellos cierta intimidad, decía en esa ocasión el sabio alemán:

La amistad con que el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época en que hacíamos votos por la Independencia y la libertad del Nuevo Continente...Mijares, (1977: I,172) de igual manera, la carta de Bolívar al dictador del Paraguay en 1823 abogando por la libertad de Bonpland, para ese entonces prisionero en ese país, revela la amistad y respeto que sintió el Libertador por el sabio Alemán. Lecuna, (1977:II,340) Podemos afirmar que esa tarde de "ferragosto" no por un simple acto de entusiasmo juvenil, irracional, como los que se cometen cuando se está en la plenitud de la vida, se engendró en la mente de Bolívar su pensamiento emancipador, o como dice Augusto Mijares, (1977: I,190)

En ese momento podemos decir que nació el Libertador

Prueba de ello es la confesión que hace a Rodríguez en 1824, cuando le escribe desde Pativilca:

¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente, no habrá olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; un día que anticipó, por decirlo así, mi juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener. Lecuna, (1977: II,401)

Conclusión

La reflexión que hemos presentado a consideración de este auditorium, puede dar lugar a nuevas discusiones sobre el contenido del discurso del Libertador, tal vez se continúe atribuyendo la autoría de éste a Rodríguez, a Uribe o a Macini. Nosotros, como hemos anotado, somos partidarios de atribuirlo en su esencia al propio Bolívar, aun cuando las palabras con que se presenta no sean las mismas que el pronunció.

Bibliografía

1. Boletín de la Biblioteca Nacional, Año VII, N° 30, (1930). Caracas.
2. Blanco F., Rufino, Bolívar. Vº I. (1984). La Gran Pulpería del Libro Venezolano C.A. Caracas.
3. Cicerón, Marco. T. (1973) La República, en Obras selectas EDAF. Madrid.
4. Díaz G, Joaquín (1955). El juramento de Bolívar en el Monte Sacro, en Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Vº XXXVIII, N° 151. Caracas
5. Diodorus of Sicily (1960) Library of History. Harvard University, (Loeb) London.
6. Dionysius of Halicarnassus (1950). The roman antiquities. Harvard University (Loeb) London.
7. Lecuna, Vicente (1977). Simón Bolívar. Obras completas. Editorial Cumbre S.A. Biblioteca Simón Bolívar. México.
8. Livio, Tito (1955). Historia Romana, Vº I. "El Ateneo". Buenos Aires.
9. Mijares, Augusto (1977) El Libertador. Editorial Cumbre S.A. Biblioteca Simón Bolívar. México

10. Pérez V. Manuel (1969) La biblioteca del Libertador en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado el 15 de enero de 2005 de <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/>

11. Perú de Lacroix, L. (1935) Diario de Bucaramanga. Estudio Crítico y Reproducción Literalísima del Manuscrito Original, por Monseñor Nicolás E. Navarro, Tip. Americana. Caracas.

12. Terencio, Publio (1961). Héautontimorúmenos Vº II. Texto revisado y traducido por Lizardo Rubio. Alma Mater. S.A. Barcelona.